

AYUNTAMIENTO DE CASPE  
REGISTRO ENTRADA  
2021-E-RC-944  
23/03/2021 14:28



# APENAS NADA

---

**Domingo Saturio**

**XV concurso literario de relato corto “Ciudad de Caspe”**

Las horas borran la mañana todavía aferradas a los flecos del invierno. El tiempo pasa lento entre la gente que viene y va mientras el sol de abril lame sus sombras a merced de una cadencia que parece que acontezca muy lejos de mí.

Un día normal, otro más. Un grupo de madres regresa al colegio para recoger a sus hijos. En la oficina del banco hay poco movimiento y en el supermercado se han disuelto las colas que se habían formado en la pescadería para comprar la merluza que hoy estaba de oferta. Pasean los jubilados mientras arreglan el mundo. Oigo conversaciones de personas que caminan a paso ligero con un teléfono móvil en su oído y la mirada perdida. Repartidores de propaganda, algún perro olfateando la luz en las esquinas y de vez en cuando el sonido de alguna ambulancia perseguida por el aliento de la muerte.

Algunos me conocen a pesar del poco tiempo que llevo aquí. A veces cuchichean comentarios sobre mí que me son indiferentes, hace mucho que dejé de interesarme la opinión de los demás, ni me hieren ni me hacen sentir más desgraciado de lo que soy. Me siento un impostor que viste su rutina observando a las personas día tras día, no tengo otra cosa que hacer. Esperar y observar. La edad y las circunstancias me han llevado a aclimatarme a lo que soy: un hombre que se limita a vivir sin ilusión, aunque, a decir verdad, no hace mucho que algo inesperado ha avivado el rescoldo de mi vida.

Puedo describir por su rostro el estado de ánimo de los transeúntes, atrapar sus pensamientos por los gestos de dolor, de hastío o de felicidad. He aprendido a interpretar, sin saber ni cómo, el porqué de un silencio. Podría excusar a quien, con una muestra de indiferencia, ni tan siquiera me mira cada vez que se cruza conmigo. Me desconoce, pero por mi aspecto, ya me ha catalogado y orgulloso se coloca en el

pódium de los vencedores. Se interroga y busca respuestas que solo serán endeble hipótesis. Todos nos pasamos la vida despejando interrogantes y buscando los porqués.

Hace diez años que no sé de mi mujer ni de mi hijo. Atrás quedó la ciudad donde nací y viví toda mi vida, mi familia, mi casa, mis amigos y mi perro. Las largas jornadas de pesca, los paseos por la playa y mis partidos de tenis. Mi trabajo, el gimnasio y las cervezas con mis compañeros. Los coches de lujo, las fiestas, los restaurantes caros, la casa de la montaña, las temporadas de esquí. Las influyentes amistades y los halagos, la falsa virtud del que cree poseerlo todo. Pero el tiempo tiene los bolsillos rotos y por ellos se me ha escapado todo aquello que un día creí imperecedero, sin contar que, en un instante, en un golpe de mala suerte todo puede cambiar y reducirse a la nada. El azar juega la partida y reparte las cartas marcadas. Nosotros navegamos a merced del capricho del destino que a veces da la victoria a los embaucadores.

Decidí pasar página subido a una silla y con la soga al cuello, pero en el último instante pensé ¿Para qué precipitar algo que ineludiblemente llegará? Ahora vivo tranquilo, caminando de puntillas, procurando no molestar a nadie. Libre sí, pero solo, abrazando mi soledad sin añoranza. Me conformo con lo que soy hoy, apenas nada. Ya no pienso en mi pasado, me empeñé en que la amnesia me liberara de él. Desaté las ataduras que me amarraban a un puerto del que quería partir y anduve a la deriva hasta donde el destino me llevó. Ahora no puedo renunciar a nada, porque nada es lo que tengo, nada, por fortuna.

Sonríó al pensar en mi padre, aquel humilde hombre que me decía que había dos formas de vivir, una la de emprender la búsqueda, en alejarse para acercarse a uno mismo, como un pez que avanza por el mar sin encontrar su sitio. La otra, la segunda,

en encontrar un lugar donde echar raíces, donde no se necesita nada más que un mendrugo, un techo donde cobijarse y la caricia de los rayos del sol.

Hasta quien ignora el paso del tiempo tiene sus rutinas, yo también tengo las mías. Desde mi ventana veo cuando llega el cartero al bloque de enfrente, sé sin miedo a equivocarme, que es mediodía, las doce más o menos. A esa misma hora es cuando aparece ella. La veo cuando dobla la esquina, como cada día, con un elegante vestido oscuro que le hace parecer a una de aquellas actrices de época que posaban sofisticadas en las revistas y cuya magia radicaba en que nunca las podrías alcanzar. Hoy viene sola, es lunes y los lunes siempre viene sola. No le acompaña ni su hija ni su nieta. Puedo describir cada uno de sus movimientos y de sus gestos con los ojos cerrados. Mi viejo cuerpo se alimenta de la imaginación. Enciendo un cigarrillo y voy dando sorbos al té que ya está frío hace rato. No aparto los ojos de ella, sigo sus pasos con la mirada, sé de antemano que va a hacer en cada momento.

Entra en la cafetería, pide un café con un pedazo de tarta de chocolate. La dependienta le cuenta algo mientras ella se acomoda en la misma mesa de cada día, junto a la cristalera y tras quitarse la chaqueta y las gafas de sol, saca un cuaderno de tapas azules y un bolígrafo dorado. Da un primer sorbo al café y observa la calle. Mira la fuente, los árboles del parque y a la gente que pasea por la alameda. Mira hacia mi ventana sin verme, como si fuera transparente. Busca las palabras con que describir lo que siente, con la ansiedad de quien juega al pasado con los dados de hoy. Una sombra de tristeza vela su rostro y con la mirada abatida comienza a escribir. Anota ¡qué sé yo! quizás el transcurrir del día, las sensaciones que percibe o el dolor que la atenaza. Probablemente escribe sobre el tiempo que hace, sobre lo dura que es la vida desde que su marido murió o del último libro que está leyendo.

Quizás anote que apenas duerme, que hay algo por dentro que la inquieta, que la sombra de sus recuerdos le da escalofríos cuando quiere conciliar el sueño. Tratará de evitar anotar en el cuaderno que en alguna ocasión un desvelo le pareció placentero. Pensar en algún fortuito momento de felicidad que le parecería un descuido al luto que lleva por su marido.

Saluda cortésmente a alguien que se le acerca, aunque evita su compañía. Y vuelve a mirar a la calle mientras da otro sorbo y toma con la cucharilla un otro trocito de tarta. Discretamente se tocará el pelo, se ajustará las gafas y continúa escribiendo, quien sabe si sobre alguna noticia del telediario o sobre una canción francesa que escuchaba cuando era joven y que ayer, de nuevo, volvió a oír por casualidad en el anuncio de un perfume.

Tal vez explique lo placentero que resulta escribir textos improvisados, dejando fluir lo primero que le viene a la cabeza, como aquella larga conversación que mantuvo con un desconocido durante el trayecto de un largo viaje en tren, donde, de pronto, amparándose en la más absoluta libertad, fue capaz de confesarle a aquel caballero cosas que jamás hubiera contado a nadie, como si el anonimato le hubiera desinhibido para, por una vez en su vida, desnudar su alma y mostrarse sin pudor tal cual era.

Siento placer imaginándome lo que escribe, mi pensamiento hace conjeturas pintando de colores cada palabra que traza. Querría dirigir su mano y anotar en esas líneas una letanía de vocablo de esperanza.

Habrá pasado una hora, los niños salen del colegio y a ella la pierdo de vista entre el barullo de la gente. Durante unos segundos, la búsqueda de su mirada se convierte en lo único que me interesa. Pronto pasa el griterío, los abuelos con los nietos de la mano se alejan hacia sus casas. Algunos niños, incansables, juegan al fútbol entre correrías y chillidos. Un balón perdido está a punto de dar en el cristal de mi ventana.

Lo único importante de mi jornada ya ha pasado y comienzo a restar las horas que faltan para volver a verla. Mi día se podría resumir en los cuarenta y cinco minutos en los que miro por la ventana del asombro, en los que la emoción devora cada segundo, cada instante. Cuento, ansioso, las horas para volver a verla.

Esta mañana estoy alterado. Es martes y llegará una hora antes. Me sudan las manos, como a un escolar el día de un examen. Sobrecogido por una certeza que nunca había imaginado.

Hoy de nuevo acudiré a su cita diaria, seguirá allí, mirando de vez en cuando por el cristal como si no viera a nadie, encerrada en sus secretos y confesiones, dibujando quizás algún retrato con el inseguro pulso de quien se siente perdido. Escribiendo sobre el viaje que hizo en tren el pasado verano por la costa atlántica francesa, sobre lo hermoso que le parecieron La Bretaña y Normandía, sobre los atardeceres de Dieppe y sobre lo triste que es la belleza cuando se encuentra en la más absoluta soledad sin derecho a ser compartida. Mirará el reloj y volverá a mirar a través del cristal. Arrancará las hojas del cuaderno y pagará la cuenta y yo la veré alejarse, sabiendo que volverá mañana, sabiendo que es lo único que realmente me alimenta y ella, ignorando mi acecho, se esfumará al girar la misma esquina por la que llega cada mañana.

Sin proponérmelo viene a mi olfato la delicadeza de su perfume de lavanda, sus ojos oscuros de una profundidad insondable, sus delgados labios sonrosados, sin artificio ni maquillaje que disimulen los leves surcos que ya aparecen en su rostro. Me hechizan sus manos pálidas de dedos largos en la que se transparenta levemente el azul de sus venas que acompaña con gestos a sus palabras. Su voz serena y grave me hace reposar en el terciopelo de cada palabra que sale de su boca. Abstraído me invade la melodía de aquella canción que se repetía una y otra vez por los altavoces del vagón. No

entendía el francés de aquellos versos de Georges Moustaki que con el tiempo he aprendido de memoria:

*De juif errant, de pâtre grec.  
De et mes cheveux aux quatre vents,  
avec mes yeux tout délavés  
qui me donnent un air de rêver,  
moi qui ne rêve plus souvent,  
avec mes mains de maurauteur,  
de musicien et de rôdeur,  
qui ont pillé tant de jardins,  
avec ma bouche qui a bu,  
qui embrassé el mordu  
sans jamais assouvir sa faim...*

Desde entonces es la banda sonora de mis recuerdos de aquellas horas, del resto de mis días.

Hoy hace un día hermoso, el cielo parece reventar de azul. En la hoja del calendario tengo la fecha marcada con un círculo rojo. ¡Ah, claro!, es mi cumpleaños, nadie me ha felicitado ni lo hará, ¡qué más da! Me siento feliz, como cada mañana cuando aguardo, fumando un cigarrillo tras otro junto a la ventana, verla aparecer.

Esta mañana desperté decidido dispuesto a vestirme de valor, sin meditarlo. Me he levantado resuelto a acercarme a ella, a romper el silencio, a perderme en su mirada, a saltar al vacío sin cuerda a la que agarrarme, sin temor alguno. Miraré en el armario y me pondré mi mejor ropa. Cuidadosamente me he afeitado y he lustrado los zapatos. Me pongo mi mejor ropa y hasta esparzo unas gotas de colonia en mi cabello.

He ensayado mil veces mi presentación. He sopesado lo conveniente y lo que no debo decirle. No quiero asustarla ni que piense que soy un loco que la ha seguido hasta su ciudad, aunque esa sea la verdad.

Durante aquellas horas en el mismo compartimento del tren en las que compartimos aquella larga conversación, en la que ella, tras vencer su precaución y timidez, descargó su alma de lo que le bullía dentro a un desconocido que la escuchaba embelesado.

Bastaron aquellas siete horas para que, en la noche de mi vida, en la que el opaco horizonte no era más que un precipicio, asomara de nuevo el sol y sus tímidos rayos fueran caldeando mi corazón de pedernal. Como quien corre una cortina y descubre lo que ocultaba, en aquellos momentos supe cuál era mi destino. Me había dicho dónde vivía.

Llegué aquí y la busqué sin cesar. Cuando por fin la encontré fui siguiendo sus pasos, aprendiendo sus costumbres y rutinas y alquilé este piso desde donde podía observarla a diario sin ser visto. Ha pasado demasiado tiempo sin que me haya atrevido a hablarle a sacarla de su ignorancia.

Esta mañana me desperté dispuesto a descubrir mis cartas, a caminar sobre las ascuas, a cruzar el vacío sobre un cable de funambulista, apostando mi vida a un solo número, convencido de que si el destino la puso frente a mí en aquel vagón de tren por alguna razón debe ser.

Abro la puerta de la cafetería y me dirijo a una de las mesas cercana a la que ella ocupa cada día. La señora, absorta en la lectura, no ha levantado los ojos de su libreta. Se me acerca el camarero y me pregunta qué deseo tomar:

—Por favor, tomaré un café y un pedazo de tarta de chocolate.

Al oír mi voz ella me ha mirado. En las primeras décimas de segundo no me ha reconocido. A continuación, la sorpresa se ha dibujado en su rostro y con los ojos muy abiertos y sonriendo me ha dicho:



—Don Ramón, no me diga que es usted... pero, por Dios, ¿qué hace por aquí?,  
menuda sorpresa.

—¡No me lo puedo creer!, ¡Qué grata coincidencia! Ahora recuerdo que  
mencionó usted esta ciudad pero ignoraba que viviera aquí. Pues verá usted, por  
cuestiones personales decidí marchar de la ciudad y hace unos meses que me he  
establecido aquí.

—Disculpe mi asombro, pero la verdad es que no esperaba volver a verle. Por  
favor, siéntese aquí conmigo —dijo Carmen sin dejar de sonreír y sin disimular su  
alegría.

